

CAPÍTULO IV

En el que el lector hallará á un antiguo conocido.

Entretanto que esto tenía lugar en la calle, los cazadores se habían reunido, siguiendo á Carolina, en el salón del palacio, ó á lo menos, en lo que lo había sido en otro tiempo, pues lo escaso de los muebles no permitía darle entonces tan pomposo nombre.

Los poseedores del palacio, no pensando sin duda en habitarlo nunca, se habían llevado á Madrid cuanto había en él de valor: por esta causa no se veían en la gran sala más que algunos sillones viejos y resquebrajados, una mesa de juego que había perdido el barniz, y un reloj de bronce, ennegrecido por el tiempo y la incuria, sobre la chimenea: el señor Villena no había podido ni aun había pensado en mejorar el mueblaje de la casa.

En medio de aquella vetusta estancia se destacaba la angelical figura de Carolina, esparciendo en torno suyo como un rayo de plácida luz: turbada por la audaz mirada de aquel hombre, y tur-

bada también por aquella reunión numerosa, que fijaba en ella toda su atención, un vivo sonrosado había cubierto sus mejillas, ordinariamente blancas como la flor del jazmín.

Dichosamente para ella, su madre vino en su auxilio; Berta apareció en el umbral, y las miradas fijas en la hija se volvieron á la madre con no menor curiosidad.

Ya iba siendo reemplazada la claridad de la tarde por las sombras de la noche, y á poco de haber entrado la señora de Villena entró también la única criada que servía á la familia, con dos velas encendidas y colocadas en dos candeleros de plaqué que brillaban de limpieza.

—Señores, dijo Berta después de haber saludado con un cortés pero frío movimiento de cabeza, y de haber ofrecido asientos á las damas; ahora ruego á Vds. me manifiesten á qué debo el honor de esta visita.

—Es justo, señora, respondió el elegante joven que no cesaba de mirar á Carolina, y que para dar esta respuesta había separado de ella los ojos con visible trabajo; es justo, y yo suplico á V. me perdone el no haberle avisado antes, como debía, de nuestra llegada; soy el dueño de esta casa, y estas señoras, mis amigos y yo, venimos á pasar en ella ocho ó diez días, que emplearemos en cazar.

Berta se inclinó, pero la palidez invadió su rostro, que era muy hermoso todavía.

Entonces la dama anciana que ocupaba la carretela tomó la palabra, comprendiendo, sin duda, lo angustioso de su situación.

—Mi querida señora, dijo con dulce y penetrante cortesía; yo, en nombre de mis hijas y de mis sobrinas, y en el mío también, pido á usted perdón, á mi vez, de haber accedido á los deseos de mi sobrino viniendo á molestarla sin previo aviso; pero ya que el mal está hecho, debo decirle que es fácil hacerlo menor de lo que podía ser: dos aposentos nos bastan á nosotras, y estos señores se acomodarán en otro, pues todo el día lo pasarán recorriendo los campos; este ha sido el objeto de su venida; en cuanto á nuestro servicio, no tiene que dar á V. pena alguna; dentro de muy poco debe llegar un furgón lleno de cuanto podemos necesitar, y que conduce además dos criados y dos camareras; quisiera asimismo, señora, poder evitar á Vds. la molestia de cambiar de aposentos, y nos contentaremos con los que haya desocupados.

—Señora, respondió Berta, conmovida con la delicada dulzura de aquel lenguaje, V. y estas señoritas son demasiado buenas contentándose con tan poco, y les agradezco su bondad más de lo que pueden figurarse.

Berta se levantó en seguida é hizo una señal á Carolina para que hiciese lo mismo; luego añadió:

—Ruego á Vds. que dispensen á mi marido si no cumple como debiera; disfruta de muy poca salud.

Berta dijo estas palabras con acento cortado y doloroso, y la anciana señora fijó en ella una mirada tierna y compasiva, adivinando sin duda los sinsabores domésticos de aquella mujer tan bella y delicada.

Otra mirada se fijó también en la abatida frente de Berta: la del caballero de cabellos grises que ocupaba la izquierda de la dama en el carruaje.

Era éste hombre de aspecto singular; su frente, que se había despoblado de cabellos, era ancha, majestuosa y elevada; los que le quedaban estaban casi plateados y se rizaban en las sienes, conociéndose que, más que la edad, el estudio y la fuerza del pensamiento los habían hecho huir de la parte superior de la cabeza.

En sus ojos pardos, rasgados y llenos de dulzura, había una luz extraña que atraía y á veces deslumbraba; su traje, completamente negro, era de una hechura en extremo elegante; un bigote largo y sedoso cubría su labio superior y se ensortijaba con nobleza en sus morenas mejillas, de una palidez suave y dorada.

Aquel hombre debía ser, sin duda, un perfecto conocedor del corazón humano, á juzgar por la mirada de conmiseración que fijó en Berta: en aquella mirada había también una gran ternura, como si aquella alma triste y abatida hubiera simpatizado profundamente con la suya.

Berta, como queda dicho, se dispuso á salir, haciendo á su hija una señal para que la siguiera;

pero esta señal fué notada por el joven propietario del palacio, que dijo con una galantería mezclada de sentimiento:

—¡Cómo, señora! ¿ya quiere V. privarnos de su amable compañía y de la de esta señorita?

—Me esperan, caballero, contestó Berta reprimiendo un suspiro, pues aquella sociedad, que en otro tiempo había sido la suya, tenía para ella infinitos atractivos: además, añadió, á mi hija la espera también su esposo.

El joven abrió los ojos con estupor y los fijó en la plácida y encantadora cara de la joven.

—¡Cómo! exclamó: ¿esta señorita?...

—Está casada hace ya dos años, caballero.

Berta pronunció estas palabras con notable firmeza, porque había advertido muy bien las atrevidas miradas que el huésped fijaba en su hija, y la turbación de ésta.

—Debo manifestar á V., señora, que participo de la admiración de mi sobrino, dijo la anciana, que se había puesto en pié para despedir á Berta y á su hija: ¿es posible que esta señorita se halle casada á su edad?

—Tiene ya diez y nueve años, señora.

—¿Y su marido será, supongo, de Madrid?

—No, señora: es de este pueblo.

—¡Ah, qué lástima! exclamó aturdidamente una de las jóvenes amazonas; ¡tan bella, y casada con un labriego!

Berta miró con profunda pena las mejillas de

su hija, cubiertas del carmín de la vergüenza: los ojos de Carolina, fijos en el suelo, contenían con trabajo algunas lágrimas.

—Señorita, dijo la valerosa madre con acento reposado y firme, mi hija ha logrado un esposo honrado y que la ama: no podía ni debía aspirar á más.

Dichas estas palabras, se inclinó con modestia en señal de despedida; pero la anciana dama se adelantó dos pasos y le tendió la mano.

—Soy la Marquesa de Alhama, dijo al mismo tiempo con una sencillez y nobleza admirables: y para siempre, señora, su servidora y su amiga: hijas mías, saludad á estas damas.

Las cuatro jóvenes se inclinaron graciosamente, como un ramo de espigas mecido por el viento.

—Soy el Conde de Montilla, dijo á su vez el jóven propietario, adelantándose y presentando su blanca y perfumada mano á Berta: disponga usted de mí, señora, con la franqueza de la verdadera amistad que le ofrezco.

—Gracias, señora, respondió Berta con la mayor naturalidad, y como persona acostumbrada al trato del mundo: gracias, caballero. Berta Meléndez de Villena, y su hija Carolina Villena de Pérez, son también sus seguras servidoras.

Madre é hija se inclinaron por última vez, y cruzaron el gran salón, dirigiéndose á la puerta.

Los huéspedes las siguieron con una mirada

de admiración y simpatía; y no pocos notaron que el paso de la madre era grave y tranquilo, en tanto que el de Carolina era trémulo y vacilante.

—¡Pérez! ¡vaya un apellido! exclamó con una carcajada una de las jóvenes.

—Ese será el del marido, añadió otra.

—Claro está, dijo la tercera.

—Y parece muda la pobre muchacha, objetó la cuarta: ni siquiera ha despegado los labios.

De las cuatro jóvenes, dos, según dijo la Marquesa, eran hijas suyas: éstas se llamaban Corina y Lucrecia; las otras dos eran huérfanas sobrinas suyas y encomendadas á su cuidado: sus nombres eran Luisa y Victoria.

El Conde de Montilla, hermano de las dos últimas, debía casarse en breve con Lucrecia, que era la más hermosa de las cuatro.

Las otras tres eran lindas, pero ninguna podía disputarle la palma de la belleza á la futura Condesa.

Figuráos una joven de diez y ocho años, alta, con ojos azules oscuros, cejas, pestañas y cabellos negros adornando el óvalo prolongado y admirable de un rostro blanco y rosado; poned á este rostro una boca diminuta, una nariz griega, una barba pequeña, un labio superior hendido por la mano de las gracias y de la castidad; colocad tan hermosa cabeza sobre un cuello esbelto, sobre unos hombros anchos, un talle delgado y una estatura de Diana cazadora, y tendréis, lec-

tores míos, una idea de Lucrecia de Pimentel y Alhama, rica, por otra parte, con unos veinte mil duros de renta anual.

—Vamos, niñas, no empezar las burlas, dijo la Marquesa entre severa y risueña; esa pobre joven es muy interesante; ¿no es cierto, Vargas?

Esta pregunta fué dirigida al caballero de los cabellos grises y grandes ojos, que permanecía sentado en uno de los viejos sillones, silencioso é inmóvil.

—Es, en efecto, interesante, respondió él como embargado por una distracción profunda.

—¡Vamos! ya está V. sumergido en sus sueños, dijo sonriendo la Marquesa; ¿es posible que esa niña, dotada de tantos atractivos, no ha de decir nada á su imaginación de pintor?

Vargas sonrió con melancolía.

—Ese cargo, tía mía, es justo, pero inútil, dijo á su vez el Conde acercándose á los dos interlocutores; ¿tan pocos atractivos reúnen mis primas y mis hermanas, para no poder conmover ese corazón de roca? A fe que nuestro querido Luciano bien merece todas sus iras; su pincel apenas reproduce otra cosa que cinco figuras: una joven rubia, de adorable belleza, eso sí, una anciana y tres niños: ¿qué significa eso?

—Mi querido Francisco, tengo que oponer el silencio á lo que V. me pregunta, dijo con melancolía el pintor.

—Como siempre.

—Eso es, como siempre, y lo siento; no obstante, quiero ser esta vez un poco más explícito; esas cinco personas son los seres á quienes más he amada en la tierra, ó mejor dicho, á los que únicamente he amado.

—Esa anciana, esa joven rubia, ¿estaban ligadas á V. por los lazos de la amistad?

—¡No! ¡formaban mi familia!

—¿Y esos niños?

—¡Eran mis hijos!

Dos anchas lágrimas se desprendieron de los ojos del pintor al pronunciar estas palabras; la Marquesa y su sobrino, contristados con aquel dolor profundo y elocuente, arrepentidos de su indiscreta curiosidad, se acercaron á él con afecto; cada uno de ellos tomó una de las manos de Vargas, y los dos murmuraron á la vez esta palabra:

—¡Perdón!

El pintor pasó por sus ojos su pañuelo de batista, é hizo un penoso esfuerzo para llamar á sus labios una sonrisa tranquila.

En aquel momento se oyó el rumor de un carruaje, y una de las jóvenes, que estaba asomada á la ventana, exclamó con alegría:

—¡Ah! ¡gracias á Dios! ¡ya han llegado nuestros criados y nuestros equipajes! ¡Y además el Marqués y el Vizcondel! ¡Han cumplido su palabra esta vez!

Y las jóvenes saludaron con sus pañuelos á

dos jinetes que habían llegado á la puerta del palacio al mismo tiempo que el furgón.

Eran un caballero de edad madura y un joven. Aquél, después de haber correspondido á los afectuosos saludos que les hacían desde la ventana, envió á decir por medio de un lacayo que se retiraba hasta el siguiente día, porque llegaba un poco indispuerto: el joven se reunió con los del salón.

Poco tiempo había pasado, cuando todos los huéspedes del palacio, sentados ante una larga mesa que alumbraban dos candelabros sacados del furgón, saboreaban con gran apetito una comida improvisada por la sabia mano del cocinero llegado de Madrid, y que se componía en su mayor parte de fiambres y de una excelente sopa.

Para sentarse á la mesa, las jóvenes habían cambiado sus trajes de montar por otros de muselina blanca con lazos de color de rosa, de una frescura adorable.

Después del café, las cuatro, acompañadas de algunos de los jóvenes, bajaron al jardín.

Carolina, reclinada melancólicamente en una de las ventanas, las vió pasar como cuatro hadas vaporosas, apoyada cada una en el brazo de su caballero.

Lucrecia se apoyaba con un abandono encantador en el de Francisco.

La noche estaba hermosa, plateada, cargada de perfumes; el ruiseñor trinaba entre los tilos; las fuentes de las calles de árboles murmuraban

dulcemente. Carolina sintió estremecerse su alma y abrirse á una sensación desconocida que participaba del placer más íntimo y del más punzante dolor... las carcajadas de aquellas alegres parejas le hacían daño, y entre ellas creía distinguir las del Conde de Montilla y las de Lucrecia, á quien odiaba sin saber por qué.

De repente su excitación nerviosa tomó otro carácter y rompió á llorar; esto la alivió, porque se ahogaba.

—¿Qué tienes, querida mía? preguntó á su espalda la voz cariñosa de su marido.

La joven se estremeció como si hubiera recibido una profunda herida; un amargo desaliento invadió su alma, como la niebla húmeda de la mañana cubre la luz del sol, y dejó caer los brazos con amargura.

—Vamos á casa, Carolina, añadió Bernardo; son ya cerca de las once, y ya sabes que nuestros padres nos esperan.

La joven no respondió nada; sin ver que su marido le ofrecía el brazo, echó á andar delante de él, sin acordarse ni aun de abrazar á su madre y á sus hermanos.

Ya en la calle, y á través de las altas tapias del jardín, aun oyó las alegres carcajadas de las dichosas parejas que vagaban entre las enramadas, fraguando sueños de amor y de dicha para el porvenir, que sin duda se les abría brillante y risueño.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO